

Tercera parte de las *Rimas* de Bécquer.

## ***Rimas XXXI - L***

XXXI

Nuestra pasión fue un trágico sainete  
en cuya absurda fábula  
lo cómico y lo grave confundidos  
risas y llanto arrancan.

Pero fue lo peor de aquella historia  
que al fin de la jornada  
a ella tocaron lágrimas y risas  
y a mí, sólo las lágrimas.

XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura

y el paso le dejé,  
ni aun mirarla me volví, y no obstante  
algo en mi oído murmuró "Esa es".

¿Quién reunió la tarde a la mañana?  
Lo ignoro; sólo sé  
que en una breve noche de verano  
se unieron los crepúsculos y ... "fue".

XXXIII

Es cuestión de palabras, y, no obstante,  
ni tú ni yo jamás,  
después de lo pasado, convendremos  
en quién la culpa está.

¡Lástima que el amor un diccionario  
no tenga dónde hallar  
cuando el orgullo es simplemente orgullo  
y cuando es dignidad!

XXXIV

Cruza callada y son sus movimientos  
silenciosa armonía;  
suenan sus pasos, y al sonar recuerdan  
del himno alado la cadencia rítmica.

Los entreabre, aquellos ojos  
tan claros como el día,  
y la tierra y el cielo, cuando abarcan,  
arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas  
del agua fugitiva;  
llora, y es cada lágrima un poema  
de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
el color y la línea,  
la forma, engendradora de deseos,  
la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Que es estúpida?... ¡Bah!, mientras, callando  
guarde obscuro el enigma,  
siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla  
más que lo que cualquiera otra me lo diga.

XXXV

No me admiró tu olvido! Aunque de un día,  
me admiró tu cariño mucho más;  
porque lo que hay en mí que vale algo  
eso... ¡ni lo pudiste sospechar!.



XXXVI

Si de nuestros agravios en un libro  
se escribiese la historia,  
y se borrara en nuestras almas cuanto  
se borrara en sus hojas;

Te quiero tanto aún: dejó en mi pecho  
tu amor huellas tan hondas,  
que sólo con que tú borrases una,  
¡las borraba yo todas!

XXXVII

Antes que tú me moriré: escondido  
en las entrañas ya  
el hierro llevo con que abrió tu mano  
la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu,  
en su empeño tenaz,  
sentándose a las puertas de la muerte,  
allí te esperaré.

Con las horas los días, con los días  
los años volarán,  
y a aquella puerta llamarás al cabo...

¿Quién deja de llamar?

Entonces que tu culpa y tus despojos  
la tierra guardará,  
lavándote en las ondas de la muerte  
como en otro Jordán.

Allí, donde el murmullo de la vida  
temblando a morir va,  
como la ola que a la playa viene  
silenciosa a expirar.

Allí donde el sepulcro que se cierra  
abre una eternidad...  
¡ Todo lo que los dos hemos callado  
lo tenemos que hablar !

XXXVIII

Los suspiros son aire y van al aire!  
Las lágrimas son agua y van al mar!  
Dime, mujer, cuando el amor se olvida  
¿sabes tú adónde va?

XXXIX

Lo que el salvaje que con torpe mano  
hace de un tronco a su capricho un dios,  
y luego ante su obra se arrodilla,  
    eso hicimos tu y yo.

Dimos formas reales a un fantasma,  
de la mente ridícula invención,  
y hecho el ídolo ya, sacrificamos  
    en su altar nuestro amor.

XL

Su mano entre mis manos,  
sus ojos en mis ojos,  
la amorosa cabeza  
apoyada en mi hombro,

¡Dios sabe cuántas veces,  
con paso perezoso,  
hemos vagado juntos  
bajo los altos olmos  
que de su casa prestan  
misterio y sombra al pórtico!  
Y ayer... un año apenas,  
pasando como un soplo  
con qué exquisita gracia  
con qué admirable aplomo,  
me dijo al presentarnos  
un amigo oficioso:  
"Creo que alguna parte  
he visto a usted" ¡Ah, bobos  
que sois de los salones  
comadres de buen tono,  
y andáis por allí a caza  
de galantes embrollos.  
¡Qué historia habéis perdido!  
¡Qué manjar tan sabroso!

para ser devorado  
&quot;soto voce&quot; en un corro,  
detrás de abanico  
de plumas de oro!

¡Discreta y casta luna,  
copudos y altos olmos,  
paredes de su casa,  
umbrales de su pórtico,  
callad, y que en secreto  
no salga con vosotros!  
Callad; que por mi parte  
lo he vivido todo:  
y ella..., ella..., ¡no hay máscara  
semejante a su rostro!

XLI

Tú eras el huracán y yo la alta  
torre que desafía su poder:  
¡tenías que estrellarte o que abatirme!  
¡No pudo ser!

Tú eras el océano y yo la enhiesta  
roca que firme aguarda su vaivén:  
¡tenías que romperte o que arrancarme! ...  
¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados  
uno a arrollar, el otro a no ceder:

la senda estrecha, inevitable el choque ...  
¡No pudo ser!



XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas,  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche,  
en ira y en piedad se anegó el alma,  
¡Y se me revelo por qué se llora,  
Y comprendí una vez por qué se mata!

Pasó la nube de dolor..., con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo  
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

XLIII

Dejé la luz a un lado, y en el borde  
de la revuelta cama me senté,  
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil  
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme  
la embriaguez horrible de dolor,  
expiraba la luz y en mis balcones  
reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas  
en qué pensaba o que pasó por mí;  
solo recuerdo que lloré y maldije,  
y que en aquella noche envejecí.

XLIV

Como en un libro abierto  
leo de tus pupilas en el fondo;  
¿a qué fingir el labio  
risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences  
de confesar que me quisiste un poco.  
¡Llora! Nadie nos mira!  
Ya ves: soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV

En la clave del arco ruinoso  
cuyas piedras el tiempo enrojeció,  
obra de un cincel rudo campeaba  
el gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,  
la yedra que colgaba en derredor  
daba sombra al escudo en que una mano  
tenía un corazón.

A contemplarle en la desierta plaza  
nos paramos los dos:  
Y, "ése, me dijo, es el cabal emblema  
de mi constante amor".

¡Ay!, y es verdad lo que me dijo entonces:  
Verdad que el corazón  
lo llevará en la mano..., en cualquier parte....  
pero en el pecho, no.

XLVI

Tu aliento es el aliento de las flores,  
tu voz es de los cisnes la armonía;  
es tu mirada el esplendor del día,  
y el color de la rosa es tu color.  
Tú prestas nueva vida y esperanza  
a un corazón para el amor ya muerto:  
tú creces de mi vida en el desierto  
como crece en un páramo la flor.

XLVII

Yo me he asomado a las profundas simas  
de la tierra y del cielo  
y les he visto el fin con los ojos  
o con el pensamiento.

Mas, ¡ay! de un corazón llegué al abismo,  
y me incliné por verlo,  
y mi alma y mis ojos se turbaron:  
¡tan hondo era y tan negro!

XLVIII

Alguna vez la encuentro por el mundo  
y pasa junto a mí:  
y pasa sonriéndose y yo digo  
¿Cómo puede reír?

Luego asoma a mi labio otra sonrisa  
máscara del dolor,  
y entonces pienso: "¡Acaso ella se ríe,  
como me río yo!"

XLIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,  
es altanera y vana y caprichosa:  
antes que el sentimiento de su alma  
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,  
no hay una fibra que al amor responda;  
que es una estatua inanimada...; pero...  
¡es tan hermosa!

L

De lo poco de vida que me resta  
diera con gusto los mejores años,  
por saber lo que a otros  
de mí has hablado.

Y esta vida mortal... y de la eterna  
lo que me toque, si me toca algo,  
por saber lo que a solas  
de mí has pensado.

